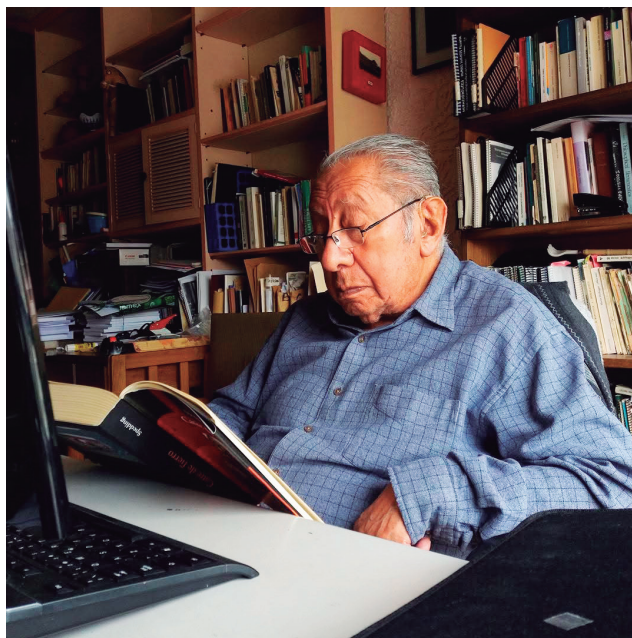


Mi maestro

Homenaje a Walter Navia



En 1963, cuando cursaba mi cuarto de secundaria en el Colegio Alemán Mariscal Braun, conocí al doctor Walter Navia. Era nuestro nuevo profesor de literatura. Cuando entró al curso, algunos estudiantes habían hecho su caricatura en la pizarra. Él, muy tranquilo, fue y aumentó notablemente la nariz, y dijo: “Así es mi nariz”. Cundió una pequeña risa. Él no daba castigos ni anotaba en el libro de clases a aquellos que fastidiaban. Empezó a contarnos cómo era Grecia, las características del país, para explicarnos que íbamos a leer *La Ilíada* de Homero. Para los estudiantes que gustábamos de la materia, estas clases fueron extraordinarias. Acostumbrados a que las clases de literatura eran de gramática y ortografía, quedamos iluminados. Al año siguiente, ya en el bachillerato, leímos varias obras literarias de ficción, desde *La Odisea* hasta *Laguna H3*, de Costa du Rels.

Cerca de los últimos días de colegio me preguntó qué iba a estudiar. Yo estaba buscando algo de periodismo, y él me invitó a que fuera a una de las clases de Filosofía y Letras —que así se llamaba la Facultad de la UMSA—.

Ahí me quedé (para siempre). Después de hacer el primer año, elegí Literatura. Y lógicamente llevé todas las materias que él dictaba, y siempre me encandilaba; ya estaba colmada de literatura. El doctor Navia tenía muchos hijos y trabajaba en muchos lugares. En 1967 se le presentó la necesidad de viajar a Chile a un chequeo médico. Nos llamó a varios estudiantes para que lo reemplazáramos: a la Universidad Católica fue Blanca Wiethüchter; a la Normal, Jorge Lazarte; al Colegio Alemán, Raquel Montenegro —dijo—. Ninguno había dado clases antes, y particularmente a mí me asustó. Apenas hacía dos años que estaba en el Colegio Alemán como alumna, pero lo cubrimos, y yo me quedé 25 años como profesora de Literatura.

Lamentablemente, en 1921, con una tremenda dictadura, Walter decidió partir con toda su familia a Venezuela. Perdimos a nuestro gran profesor por muchos años. Un hombre dedicado a sus cátedras, nunca fue autoridad ni proclamó sus éxitos; fue lo que se puede llamar un hombre cabal.

Escribió muchos ensayos y siguió estudiando. A mí me guió, orientó, enseñó en el verdadero sentido de lo que es enseñar: con sencillez y claridad, y ponía a todos en su lugar. Una anécdota más sobre esto: Yo era una buena estudiante y me iba muy bien, pero en una cátedra de Lingüística en la que Walter era jurado, aparecí aplazada. Muy sorprendida, fui a su casa —ya conocía a su esposa, la querida Vicky— y, cuando le pregunté qué había pasado, si respondí todo lo que me habían preguntado, me dijo muy tranquilo: —Ya te estabas creyendo mucho y no habías leído esto—. Y me entregó tres libros de lingüística para que siguiera leyendo.

Fue mi maestro.

Raquel Montenegro
otoño de 2026